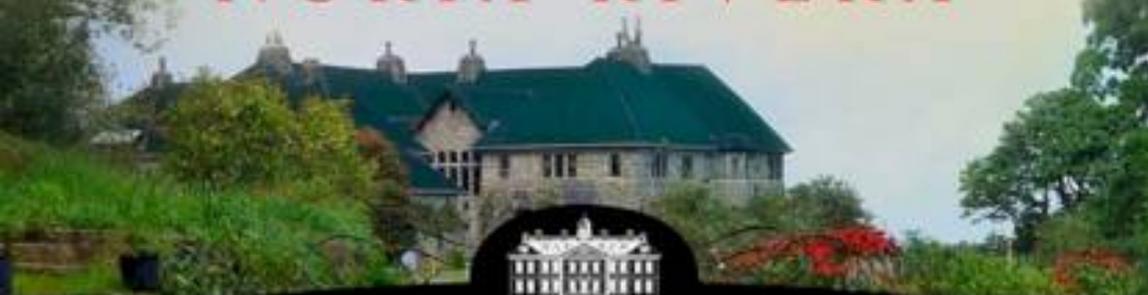




ROSAS PARA
LA SEÑORITA
LANGSTON



NURIA RIVERA



MINSTREL VALLEY

Ella no quería elegir entre una pasión y el amor.

Él quería dárselo todo.

Emily Langston siempre fue una romántica. Pero la realidad le hace ver que no es de las elegibles. Al salir de la Escuela de Señoritas de lady Acton, sin cosechar un compromiso exitoso, se marcha a Nueva York y allí perfecciona su habilidad al piano. A su regreso a Londres quiere ser pianista y espera tener la ayuda de un afamado compositor. Prefiere dedicarse a su música que contraer matrimonio, sobre todo si es sin amor.

Gordon Blumer, conde de Conway, uno de los solteros de oro de Londres, decide casarse. Al acudir a una fiesta, lo que menos espera es encontrarse con alguien que conoció tiempo atrás en Minstrel Valley y despertó en él sentimientos que creyó que jamás volvería a sentir. Piensa que Emily podría ser la candidata perfecta, la sigue por varios salones y recitales y se ayuda de todas las armas a su alcance para conquistarla.

Comienza un cortejo que los lleva de regreso al pequeño valle, pero este se ve truncado por la aparición de una vieja amiga del conde que pretende ser condesa. Emily, confundida, lo rechaza y huye. Inicia, lejos, una serie de conciertos con la ayuda de un benefactor anónimo.

¿Se conformará Emily con vivir solo de las emociones de la música, cuando su corazón anhela los sentimientos que Gordon despertó en ella y que no logra enterrar en el fondo de su corazón? Si Gordon quiere de veras conquistarla y hacerla su esposa deberá darle lo que más desea, aunque signifique perderla. Emily sabe que si elige la música se ale-

jará para siempre del conde, pero ¿quién es ese desconocido que le envía rosas sin revelar su nombre?

Índice de contenido

Cubierta

Rosas para la señorita Langston

Introducción a Minstrel Valley

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Minstrel Valley es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde *Selecta* os invitamos a adentraros en *Minstrel Valley* y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

*A las Juglaresas, autoras de Minstrel Valley,
por su generosidad y complicidad.*

*En los actos sociales, una dama no puede tocar
el piano
si no la invitan a hacerlo.*

Reglas de decoro de la señorita Sherman.
Escuela de Señoritas de lady Acton.

Capítulo 1

Abril 1840, Londres

Emily Langston contemplaba a través de la bruma cómo el barco en el que viajaba la acercaba a tierra. Casi dos años atrás, y desde una cubierta y baranda similar, había observado cómo se alejaba de Inglaterra. Entonces tenía sentimientos encontrados: los rescoldos de una decepción y la esperanza de una nueva vida; quizás un matrimonio, hijos, tal vez un cariño que se pareciera al amor. Pero nada de eso había ocurrido.

Lo único que había cambiado en su vida era la afición al piano, que había cultivado y practicado con las enseñanzas de un profesor alemán muy rígido que pretendía convertirla en una Clara Wieck. Quizá aquel empeño era el que la había transformado en una buena pianista, que destacaba sobre otras sin pretenderlo. Pero América, Nueva York en concreto, le había dado una libertad en la música que estaba convencida de que Londres no le daría. La sociedad seguía siendo el corsé más ceñido.

Su mayor logro había sido poder tocar en una gran sala, en el Niblo's Garden, en el corazón de Broadway. Había sido pura casualidad, el espectáculo previsto se retrasaba y, dada la amistad de su padre con los dueños de la empresa de vodevil que debía actuar, subió al escenario y entretuvo con su música a los espectadores del evento, mientras los

actores se preparaban. Ni siquiera podría llamar a su actuación «concierto», pero eso le supuso que la invitaran a tocar en algunas veladas musicales en las fiestas más importantes de la ciudad. Con seguridad nunca más podría vivir una experiencia como aquella, pero le hubiera gustado que sus grandes amigas la hubieran visto.

El recuerdo la llevó a pensar en *lady* Rosemary Bellamy, Rose, condesa de McEwan. Su más fiel amiga desde sus años en la Escuela de Señoritas de *lady* Acton. Le había escrito diciéndole que regresaba, tenía muchas ganas de verla. Hacía más de un año que había sido madre, y Emily estaba deseosa de conocer a su pequeño diablillo. En su última carta, Rose le había dicho que pasarían el verano en Minstrel Valley y la había animado a visitarla. Suspiró al pensar en aquel pueblo encantador en el que había sido tan feliz durante sus años en la escuela de señoritas.

Se propuso que una de las primeras visitas que realizaría sería a su más preciada amiga. A su mente acudió Rebecca, otra gran amiga, quizás ella y su esposo, Patrick Miller, estaban también en el pueblo. Ningún sentimiento romántico apareció junto al hombre que se dibujó en su memoria. El afecto que creyó sentir había sido como los espejismos que veían los caminantes del desierto cuando tenían escasez de agua y muchos pasos a su espalda.

Se animó a sí misma. Si no encontraba un amor que la viera tal como era, un amor como el de su hermana Charlotte, el de Rose, Becca, Margaret o el de otras de sus compañeras de Minstrel House, prefería quedarse soltera. Aunque, si observaba a sus hermanas mayores, quizás el amor no estuvo desde el comienzo de sus matrimonios, pero habían logrado formar una familia con esposos que las respetaban. Y no eran desgraciadas, hablaban del afecto hacia sus maridos como algo construido con el tiempo, igual que sus cuñadas. Sus hermanos habían tenido mucha suerte en sus matrimonios. Sin embargo, ella no tuvo nadie que la cortejara en Londres, ni en Minstrel Valley, y aunque había

tenido dos pretendientes en Nueva York, ninguno fue de su agrado y, por suerte, tampoco de su padre. Se los veía demasiado interesados en el dinero de este.

Una pareja que paseaba por cubierta se situó a unos metros de distancia, en un lugar que los ocultaba de las miradas curiosas, mas no de la suya. Desde su posición observó cómo el hombre colocaba tras la oreja femenina un mechón de pelo que el aire había sacado de su recogido, luego sostuvo la cara de la mujer entre sus manos y la besó de una forma apasionada.

Suspiró. «Qué bonito es el amor». Algo en el porte aristocrático de aquel hombre le recordó a otro, pero rápido lo alejó de su mente. Jamás debería soñar con algo así.

El viento le trajo su nombre y se giró hacia el lugar de donde provenía.

—Señorita Langston. —Era su doncella, tuvo la impresión de que no era la primera vez que la llamaba.

—Perdona, Lysa, no te había escuchado. —Regresó la vista hacia la escena de la pareja, pero ya se habían marchado.

—Su madre me envía a buscarla.

—Seguro que está revolucionada porque he desaparecido del camarote —conjeturó.

La doncella sonrió, lo que confirmó su sospecha. Era una joven no mucho mayor que ella.

—Me temo que sí, señorita. Dice que debería recordar que ya no está en Nueva York —relató la doncella—, donde, y cito: «Hacía lo que le venía en gana con la aprobación de su padre».

Rieron las dos. A Emily le gustaba la sirvienta, se sentía cómoda con ella y estaba agradecida de que hubiera querido acompañarla a Londres.

—Dios sabe que una mujer todavía no puede hacer lo que le venga en gana —se quejó Emily—. Pero esa es una discusión que no vale la pena empezar con mi señora ma-

dre. Para ella, la mujer lo tiene muy fácil: solo ha de obedecer al padre o al esposo.

Por suerte tenía a su padre, que la consentía y siempre le había preguntado su parecer, quizá ser la menor de sus hijas tenía algo que ver.

—Vamos, no vaya a ser que le dé un síncope si no regreso.

Tardaron bastante en poder salir del puerto, pero por fin pudieron hacerlo con el carruaje familiar que su hermana Charlotte y su marido se habían encargado de traer para recogerlos.

—El viernes, en casa de los Gardiner hay una velada musical y después un baile. —Emily miraba por la ventana, mientras su hermana relataba con precisión los eventos sociales de las siguientes semanas—. Le dije a *lady* Gardiner que no faltarían. Padre, encontrará todas las invitaciones en su despacho. Me he encargado personalmente de que tenga toda la correspondencia preparada. Muchos amigos desean verlos en sus salones.

—Le ha comentado a todo el que ha querido escucharla que regresaban —bromeó Frederick, su cuñado, quien miró con ternura a su esposa.

—Emily —la llamó Charlotte—, *milady* me aseguró que dejaría un espacio para que pudieras deleitarnos con algunas piezas al piano.

Mily sonrió agradecida, tocar en un salón con tantas personas importantes quizás hacía que otras damas la invitaran. Cuando pudiera encontrar un momento a solas con su cuñado le hablaría de las ideas que tenía en relación con la música. Desde que sus hermanos varones se ocupaban de algunas empresas, su cuñado se había convertido en la mano derecha de su padre en los negocios de Londres, sobre todo en la empresa de hierros, pero estaba convencida de que la ayudaría; a Frederick le gustaba todo lo que tenía que ver con la cultura.

—Pero debes prometer que intentarás conocer a algún caballero, que participarás del baile —intervino su madre; y casi con escándalo en la voz, añadió—: ¿No pensarás convertirte en una solterona?

—Madre, en lo que menos pienso es en casarme, se lo aseguro —respondió con paciencia—. Mi música me completa. ¿Es que no lo entiende?

—No, no te entiendo, para qué voy a engañarte.

La música era el único amor al que pensaba dedicarse. Había ido a suficientes fiestas en las que veía cómo sus amigas eran las primeras a las que los caballeros sacaban a bailar; ella era buena conversando, simpática, pero nadie le había dicho nunca nada bonito, ni la habían cortejado por el puro interés de su persona. Quizá por eso había llegado a poner los ojos en alguien que no era para ella, solo por alegrar su corazón.

Si lo pensaba bien, había sufrido dos decepciones. Desde niña había estado enamorada de su primo Sebastian. Eran almas gemelas, solía decirse, pero él dejó de verla como ella soñaba. Tras eso había puesto su afecto en el señor Miller, sin embargo, este se enamoró de Becca nada más verla. No se podía mandar en el corazón. Aunque debía ser honesta consigo misma: una vez tuvo una inclinación por alguien cuyos ojos claros como el cielo le generaron palpitaciones, pero él era un imposible.

Nunca se había sentido presa del hechizo de una mirada que la contemplara con deleite, nadie le había mostrado un deseo de besarla. ¿Qué podía cambiar ahora? Ella seguía siendo la misma.

* * *

La velada musical en casa de los Gardiner había sido un éxito. Mientras paseaba los dedos sobre las piezas blancas y negras del piano, toda su atención estuvo en la partitura que tenía delante: la *Sonata para piano número 14 en*

do sostenido menor, Op. 27, n.º 2 «Quasi una fantasía», de Beethoven, conocida popularmente como *Claro de luna*. Había aprendido a abstraerse de las miradas, incluso de las conversaciones que en confianza pudieran darse entre el público. Su maestro le había dicho innumerables veces que, mientras estuviera sentada en aquella banqueta frente a las teclas, las personas que la observaban no existían, y siempre que tocaba procuraba hacer suya aquella premisa. No obstante, no había podido evitar mirar de reojo a toda aquella gente que la contemplaba en silencio. Descubrió algunos ojos que la escrutaban como si fuera un trofeo, pero sabía que, a la hora del baile, aquellos caballeros encontrarían otras damas para sacar a la pista y de ella ya no se acordarían. A menudo se había preguntado qué tenía ella que ver en eso que le ocurría. Quizá su rostro de fastidio ayudaba a que la evitaran.

Se mostró agradecida por los aplausos que recibió y por un momento se sintió como aquella vez en el Niblo's Garden. Después del interludio, muchos de los invitados acudieron a la sala de las bebidas, donde había infinidad de platos con excelentes manjares para degustar. Por suerte, Charlotte la acompañaba, mientras su madre conversaba con muchas de sus amistades que estaban allí reunidas.

—Sabes que tiene un objetivo, ¿verdad? —preguntó Charlotte, en clara referencia a su progenitora, mientras seleccionaba algunas delicias de una bandeja y las colocaba en el plato que sostenía.

—Sí, no parará hasta verme casada —respondió resignada—. No quiere oír que quiero dedicarme a la música, quizás componer. Para ella, la mejor profesión de una mujer es el matrimonio.

—Y con hijos a su alrededor.

Rieron por su broma particular. Emily tenía tres hermanas y dos hermanos. Todos ellos con un buen número de hijos cada uno. Recordó que más veces de las que hubiera

querido acabó ejerciendo con ellos de niñera. Charlotte solo tenía dos, de momento. De todos sus hermanos, ella era con quien mejor se llevaba. Quizá la cercanía de sus edades las había mantenido siempre más unidas.

Admiraba a Charlotte, era muy hermosa, podría haber escogido a cualquier pretendiente, entre ellos a George Fairhome, conde de Ramsay, hijo de los anfitriones de la fiesta, y con quien mantenía una buena amistad, apoyada por su propio esposo. Sin embargo, desde el momento en que su cuñado se cruzó en su camino, supo que sería él y no otro con quien se casaría. No era apuesto, no tanto como el propio Ramsay u otros hombres que la habían cortejado, ni siquiera como algunos caballeros que ella misma conocía, pero era atractivo y, sobre todo, se había ganado el corazón de su hermana y se amaban profundamente.

—He visto a Ramsay, me ha pedido opinión sobre su nueva amante —comentó Charlotte.

—Es un descarado, no es tema para hablarle a una señora casada como tú —se burló ella—. Creo que sigue enamorado de ti.

—George no tiene caso, solo elude el matrimonio todo lo que puede —respondió su hermana y tras un silencio añadió con sorna—: Podríais hacer buena pareja. Aunque quizás es algo mayor para ti.

—Te aseguro que, si estuviera interesada en un caballero, su edad no sería lo que me frenara —confesó—. Claro, no pienso elegir a alguien que podría ser mi abuelo. Quizás le daría un soponcio de verdad a madre.

—Te confieso —Charlotte bajó la voz para la confidencia y se le acercó al oído— que el matrimonio tiene cosas muy excitantes en las que es importante una buena apostura.

—¡Charlotte! —exclamó entre risas—. Recuerda que soy una dama inocente y se supone que no sé de esas cosas.

—Creo, Mily, que conoces toda la teoría.